

"Nadie me quita la vida; yo la entrego libremente" (Jn 10, 18)

Obediencia y Libertad en la Vida Dominicana

fr Brian J. Pierce, OP

La obediencia dominicana, como todos los aspectos de nuestra espiritualidad, comienza con la Palabra de Dios. Es nuestro punto de partida. Nuestra obediencia a la misión de anunciar la Buena Noticia necesariamente fluye de la escucha contemplativa de la Palabra de Dios, de la voz de Dios. Esta ha sido la experiencia de los profetas desde el tiempo de Moisés, pasando por los Hechos de los Apóstoles, hasta el día de hoy.

Moisés, descalzo y vulnerable ante la zarza ardiente, escuchó atento la voz de Dios y respondió con su vida (Ex 3). Isaías respondió a la Palabra de Dios diciendo: "Aquí estoy, envíame" (Is 6, 8), Ezequiel y Jeremías experimentaron cómo Dios ponía la Palabra directamente en sus bocas, enviándolos a predicar (Ez 2, 9-3,4; Jer 1, 9). María de Nazaret, después de su encuentro con el ángel Gabriel, recibió en su mismo vientre la Palabra que Dios había pronunciado, y corrió inmediatamente para proclamar la misericordia y el fiel amor de Dios a su prima Isabel (Lc 1, 26-45). María de Magdala se sumergió en el oscuro silencio de la muerte, oyó el eco de la voz de Cristo Resucitado en todo su ser, y corrió inmediatamente a decir a los hermanos que había amanecido un nuevo día (Jn 20, 11-18). Y nuestro querido Padre Domingo, sintiéndose muy solo después de conocer la noticia de la muerte del Obispo Diego, experimentó la poderosa unción de la Palabra de Dios, y junto con los primeros hermanos y hermanas de Prulla respondió fundando la Orden de Predicadores.

¿Qué tienen en común estos profetas creyentes y predicadores? Yo diría que todos ellos, después de confiar su vacío y pobreza a Dios, recibieron a cambio el don de la Palabra de Dios. Hermanos y hermanas, esta es nuestra historia. Nuestro vacío mendicante, nuestra pobreza y hambre de la misericordia y amor de Dios, son precisamente los lugares donde Dios siembra su Palabra. Cuando permanecemos en nuestra pobreza y silencio, confiando en Dios, escuchando con el corazón de un mendigo, Dios es fiel.

He contado esta historia muchas veces, pero no me importa, porque nunca me canso de hacerlo. De hecho, continúo inspirándome en ella:

Durante varios años, Fr. Jorge, un fraile de mi provincia, y yo nos alternábamos acompañando un grupo de jóvenes para una experiencia misionera de verano en México. Uno de los años en que fue Fr. Jorge, me contó que pasaba cada mañana ante una cabaña humilde donde vivía un anciano. Cada mañana, le veía sentado en un taburete con una Biblia en las piernas. Un día, Fr. Jorge se detuvo y le saludó: "Buenos días, señor, me llamo Fr. Jorge", a lo que el anciano respondió: "Buenos días, Padre, me llamo Ramón, a su servicio". Jorge estrechó su mano y le dijo: "Señor Ramón, cada mañana cuando paso por aquí veo que está leyendo fielmente la Biblia. ¿Qué texto está leyendo hoy? El anciano miró a Jorge con ojos sabios y cansados y replicó: "Bueno, verás, Padre, la verdad es que no sé leer". Fr. Jorge se sorprendió de la respuesta. El Señor Ramón continuó: "Pero tiene razón, Padre, cada mañana me siento aquí con mi Biblia y rezo al Señor, diciendo, "Señor, dame una palabra que me guíe durante este día". Y después espero. Algunos días tengo que esperar más que otros pero, ¿sabe una cosa, Padre? Cada mañana Dios me da una palabra; hasta el día de hoy, Dios nunca me ha fallado".

La obediencia dominicana comienza con esta clase de escucha, humilde y atenta. Como cotidianos mendigos, estamos llamados a abrir a Dios nuestros corazones hambrientos y mendicantes, con la esperanza de recibir un trozo de Pan, una Palabra, un rayo de luz en el camino. Sólo abrazando nuestro vacío podemos recibir el regalo de Dios de su Palabra.

¡Este es, por supuesto, un gran misterio! ¡No solo comenzamos todo el proceso como mendigos vacíos, sino que tan pronto recibimos el don de la Palabra, inmediatamente estamos llamados a entregarla, encontrándonos vacíos otra vez! Mucha gente de nuestro mundo de hoy diría: "¡No seas tonto! ¡Guarda un poco de esta Palabra para ti! Un día te encontrarás ante Dios y podrás decir, "Señor, aquí está la Palabra que me entregaste hace muchos años. La he guardado como prueba de mi obediencia hacia ti".

Sí, reconocemos en esta mentalidad la sabiduría que hay en las parábolas que Jesús contó sobre cavar un hoyo en la tierra para esconder el talento – ¡como prueba de la propia fe y obediencia! Esto, lo sabemos, no es auténtica libertad. Debemos dejarnos introducir en

el misterio del vacío mendicante, ya que sólo cuando el predicador se pone en marcha con sus manos vacías, puede ser sorprendido por el don gratuito de la Palabra de Dios. Y una vez que nos sorprende la gracia, somos libres para responder a esa misma gracia. ¡Estamos tan vacíos al final de este viaje como al principio! Esta es la auténtica libertad del predicador.

Aunque no era dominica, Santa Teresa de Lisieux escribió una preciosa oración que apunta a la libertad de nuestra espiritualidad mendicante. Es en nuestro vacío, nos recuerda, donde experimentamos la fidelidad de Dios:

Os doy gracias, ¡Dios mío!, por todos los favores que me habéis concedido ... Después del exilio de la tierra, espero ir a gozar de vos en la Patria, pero no quiero amontonar méritos para el cielo. ... A la tarde de esta vida, me presentaré delante de vos con las *manos vacías*, pues no os pido, Señor, que tengáis en cuenta mis obras... [sino] revestirme de vuestra propia *Justicia*, y recibir de vuestro amor la posesión eterna de *Vos mismo*. No quiero otro *trono* y otra *corona* que a *Vos, ioh Amado mío!*¹

Cuando Jesús envió a los apóstoles a proclamar la Buena Noticia, les dijo: "No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja par el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento. Cuando entréis en una ciudad o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis" (Mt 10, 9-11). "Comed y bebed de lo que tengan" (Lc 10, 7). Claramente, Jesús quiere que los apóstoles experimenten su pobreza, para que les pueda sorprender la gracia de Dios.

Es la versión de la misión de los apóstoles de Mateo la que incluye un mandamiento bello y teológicamente rico, que forma el corazón del envío de Jesús para proclamar el Reino de Dios: "Gratis habéis recibido, dad gratis" (Mt 10, 8). Este es el espíritu del auténtico predicador del Evangelio. Es tan profundamente consciente de que todo es un don, que es posible, y de hecho liberador, entregar *todo*, y quedarse otra vez pobre y vacío. Aunque suena extraño, es el único modo apropiado de responder a la gratuidad de Dios.

Llamamos a Domingo "predicador de la gracia", y sabemos que nosotros somos predicadores *solo* por la gracia de Dios. No es nuestra

inteligencia, santidad, o experiencia teológica la que nos hace predicadores. Por supuesto, pueden ayudarnos a *entender y predicar* la Palabra de Dios, pero en orden a *recibir* la Palabra como un verdadero discípulo, lo que se necesita es una radical simplicidad – como la del Señor Ramón. Necesitamos manos abiertas y un corazón abierto, mendicante. Solo entonces, tras recibir el don de Dios, podemos –y *debemos*- responder en obediencia transmitiendo la Palabra. “Gratis habéis recibido, dad gratis” (Mt 10, 8)

Pienso que esta imagen del predicador mendicante de manos vacías nos ayuda a entender mejor las fuertes palabras que Domingo dijo a los primeros hermanos que fueron enviados desde Prulla a predicar. Como muchos de nosotros, se sentían indignos y mal preparados para la misión de la predicación. Plenamente conscientes de sus imperfecciones, estaban asombrados por la plena confianza de Domingo en su capacidad para anunciar el evangelio. ¿Cómo iban a ir a predicar la Palabra de Dios sin más preparación? ¿Domingo se había vuelto loco? “Sé lo que hago”, respondió Domingo. Creo que Domingo estaba tan profundamente convencido de que su propia pobreza era su mayor don, ya que le había preparado para escuchar la Palabra de Dios con un corazón contemplativo, que no quería privar a sus jóvenes hermanos de esta experiencia de la gracia de Dios. Sabía muy bien lo que estaba haciendo – lanzarles al gratuito abismo de la fidelidad de Dios.

Nuestro hermano, Timothy Radcliffe, en su carta sobre “Libertad Dominicana y Responsabilidad”, dice: “La libertad de Domingo, ... tan característica en la Orden, ... es la libertad de darnos a los demás sin reservas, con la loca generosidad de la Palabra hecha carne”². ¡Sí, darnos a los demás con loca generosidad! ¿No es ésta la raíz de nuestra llamada a la libertad devangélica?

Obediencia – la libertad de entregar nuestras vidas

Me gustaría detenerme por unos momentos para centrar nuestra atención en una figura aparentemente menor en los evangelios – un muchacho que nos ayuda a vislumbrar lo que significa ser obediente y libre al responder a nuestra misión de predicar el evangelio. Gracias a Juan, el evangelista, nos introducimos en este aparentemente

insignificante y anónimo discípulo. Quizá su anonimato es un recordatorio para nosotros de que los *insignificantes* son, con frecuencia, los que más profundamente comprenden el mensaje de Jesús.

Jesús se marchó a la otra parte del mar de Galilea. Lo seguía mucha gente ... Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua de los Judíos. Jesús entonces levantó los ojos y, al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: "¿Con qué compraremos panes para que coman estos?". Lo decía para probarlo, pues *bien sabía él lo que iba a hacer*. Felipe le contestó: "Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo". Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos?". Jesús dijo: "Decid a la gente que se siente en el suelo". Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; solo los hombres eran unos cinco mil. Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: "Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda". Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido" (Jn 6, 1-13).

Esta simple historia, con la que estamos bastante familiarizados, comienza con una frase importante: "Jesús levantó los ojos y vio que acudía mucha gente". Juan nos está dando ya la primera clave de la respuesta obediente de Jesús ante la situación: Su *mirada contemplativa* le prepara para responder con Buenas Noticias a aquellos que están hambrientos. Jesús está atento; sus ojos y oídos están abiertos tanto a su Abba como a la gente que aparece ante Él "como ovejas que no tienen pastor"³. La *mirada y escucha* de Jesús son el fruto de una vida profundamente contemplativa. Esta clase de atención, sin embargo, requiere un vacío y quietud más profundos. Si estamos llenos de nosotros mismos, nuestros problemas y nuestros planes tan importantes, fácilmente podremos *no ver, no oír* el grito de los pobres. Dios, por otra parte, es siempre fiel. Como leemos en el salmo 69: "Miradlo, los humildes, y alegraos; buscad al Señor y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres" (vv. 33-34).

La historia de Juan en la que Jesús parte y comparte los panes y los peces con la multitud hambrienta comienza con este simple acto de mirada contemplativa. Es obediente al momento presente, a los

signos de los tiempos, a la voz silenciosa del Espíritu Santo. Domingo vivió esta misma atención contemplativa con profunda fidelidad. Un autor describe la temprana respuesta de Domingo a la hambruna de Palencia con estas palabras:

Hubo en toda España una escasez tan grande que muchos pasaban hambre. Domingo, siervo de Dios, estaba por aquel entonces todavía en Palencia. Al contemplar tanta miseria y necesidad, y no encontrando consuelo por ninguna parte, se avivó en él la compasión ... Su corazón era un hospital de desdichas; sus entrañas no estaban cerradas a la misericordia" ⁴.

Domingo, como Jesús, tenía ojos claros y sin obstáculos, ojos capaces de ver el rostro de la gente hambrienta. Su silencio y su profundo vacío le preparó para oír su lamento. ¿No es esta la pobreza de Espíritu que Jesús bendice en el Sermón de la Montaña? No podemos movernos a compasión si estamos demasiado preocupados en nosotros mismos. La obediencia –del latín *ob-audire*– comienza con la escucha y atención contemplativa

Como sabemos, hay varias historias de "multiplicación de los panes y los peces" en los evangelios. La versión de Juan es única, sin embargo, ya que sólo él cuenta la historia desde el punto de vista del muchacho que se acerca a Andrés con cinco panes de cebada y dos peces (el pan de *cebada* era el pan que comían los pobres en tiempos de Jesús). Juan parece que quiere crear a propósito una especie de tensión entre la reacción de los discípulos ante la multitud hambrienta y la respuesta del muchacho.

Felipe es el primero de los discípulos que responde a la preocupación de Jesús por la gente. Su respuesta, sin embargo es bastante lamentable. Se mira más a sí mismo y a su propia incapacidad que a los rostros hambrientos de la multitud. Todo lo que puede pensar es que él y los discípulos no tienen suficiente dinero para alimentar a tanta gente. Su vacío no es auténtica pobreza de espíritu; es miedo y preocupación por sí mismo.

Andrés, por otra parte, responde más contemplativamente, mirando hacia fuera, como Jesús. En vez de ahogarse en su propia

insuficiencia, ve una pequeña chispa de esperanza –un muchacho que se acerca hacia Jesús con cinco panes de cebada y dos peces. Andrés duda, sin embargo, que esto pueda ayudar a resolver el problema, y rápidamente extingue su propio rayito de esperanza: “¿Qué es eso para tantos?” pregunta, abrumado por su incapacidad.

Juan claramente quiere que reconozcamos que el “héroe” de esta historia es el muchacho. Él es el *discípulo obediente* en este texto. ¿Por qué? Porque *su* pobreza es verdadera pobreza de espíritu. El chico es capaz de *ver* y *oír* porque no está preocupado por sí mismo. Ve los rostros hambrientos de la gente y está atento a la petición de Jesús de darles algo de comer. Uno tiene la sensación de que el chico ha escuchado el diálogo que Jesús tiene con Felipe, y da un paso al frente para actuar. Su simplicidad le prepara para responder *en obediencia* a la Palabra de Jesús. Comprende que Jesús está entregando su propia vida, como pan partido para la gente y él –el chico- quiere hacer lo mismo. Cuando leo esta historia, casi puedo oírle susurrar al oído a Jesús “Maestro, veo lo que estás haciendo. Quiero seguir tus pasos. Por favor, Maestro, toma y comparte mi pan y pescado con la gente. Tienen hambre”. El chico actúa con verdadera nobleza de espíritu.

Estoy casi seguro que Jesús miró profundamente en los sabios ojos de este joven discípulo, y con una sonrisa de ternura, probablemente pensó para sí mismo: “Cuántas veces mis propios discípulos no entienden mis enseñanzas, mis acciones, y aquí, este muchacho ha entendido toda mi vida y misión. Y ahora, con su ofrenda, su sacrificio, me da coraje para continuar caminando en obediencia a la voluntad de mi Padre”.

Recordemos que unos versículos más adelante, en este mismo evangelio, Jesús está ante la multitud y dice: “Yo soy el pan de la vida; el que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá sed jamás... He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado” (6, 35.38). El chico no sólo había entendido de qué trataba la vida de Jesús, sino que su pequeña respuesta, su aparentemente insignificante don, nacido de su obediencia y pobreza, fue precisamente el signo que Jesús necesitaba

para continuar siendo obediente y fiel a su propia misión de entrega pascual.

También se nos dice en esta historia del evangelio que muchos de los discípulos de Jesús le abandonaron este día, volviendo a sus anteriores vidas, porque sus enseñanzas eran demasiado exigentes. Juan, el evangelista, nos recuerda que la obediencia a la llamada de Jesús al discipulado requiere algo más que la adoración a Cristo y su misterio pascual. Es también una llamada a *seguir sus huellas*, entregando nuestras propias vidas en auto-vaciamiento, amor de *ágape*. Poca gente en el evangelio comprende esta verdad tan clara y profundamente como el muchacho, que libremente comparte sus panes de cebada y peces. Su gesto sencillo, *eucarístico*, nacido de la pureza y libertad de su joven corazón de discípulo, aparece en el evangelio como una especie de profecía de la propia entrega pascual de Jesús, próxima a ser consumada. "Tomad y comed". Sí, la obediencia y libertad del muchacho no es sino una reflexión sobre la libertad obediente de su Maestro.

Viviendo en el momento presente.

En la historia de los panes y los peces de Juan 6, los "discípulos oficiales" aparecen como temerosos y ocupados en sí mismos. Uno no ve una sonrisa en sus caras. El muchacho, por otra parte, probablemente corrió a casa saltando y cantando de alegría, ansioso por contar a su madre su encuentro con el Rabí que hablaba a las multitudes a la orilla del Lago de Galilea. ¡Sus manos estaban vacías, pero sus ojos brillaban y su corazón rebosaba de libertad y alegría! Nunca –ni siquiera por un instante– se detuvo a calcular las consecuencias de su sacrificio. Oyó las palabras de Jesús y *vio* las necesidades de la gente; el resto fue una espontánea efusión de bondad. ¡No sabía que un día sería famoso! (¡Desafortunadamente, el evangelista se distrajo con otras cosas importantes, y olvidó preguntarle su nombre!!)

¿No es este gesto del chico, de sencilla y desinteresada generosidad por causa del evangelio, la esencia de la obediencia dominicana? Cuando el Obispo Diego invitó a Domingo a acompañarle en el viaje a través de Europa, Domingo dijo 'sí'. No sabemos lo que pasaba por su

cabeza. Quizá le sonaba un poco aburrido, o... ia lo mejor estaba realmente encantado por poder descubrir una nueva parte del mundo! No lo sabemos. Pero lo que *sí* sabemos, sin embargo, es que Domingo dijo `sí`.

Y de nuevo otra vez, cuando Domingo –que se quedó en Prulla alimentando el fuego mientras el Obispo Diego se ocupaba de algunos asuntos importantes en España– recibió la trágica noticia de la súbita muerte del obispo, de nuevo dijo `sí`. Estoy seguro que pasó aquella noche en oración, sintiéndose indigno, confundido, poco preparado. Pero cuando salió el sol al día siguiente, sabemos que Domingo dijo algo así: “Señor, siempre he sido un discípulo, nunca un maestro. Estoy aquí solo por obediencia a Diego, mi padre espiritual. Señor, estoy confundido. Pero tú sabes todo. Aquí estoy. Haz de mí lo que quieras”. Y otra vez dijo `sí`. La libertad nace de esta clase de obediencia.

Fray Timothy, nuestro anterior Maestro, escribió que “El principio de todo gobierno es la atención, escuchar juntos la Palabra de Dios, abrir nuestros oídos a las necesidades de la gente. En una bendición dominicana del siglo XIII, los hermanos piden al Espíritu Santo: “ilumínanos y danos ojos para ver, oídos para oír, manos para hacer el trabajo de Dios y boca para predicar la Palabra de salvación, y que el ángel de la paz vele por nosotros y nos conduzca finalmente al Reino, por gracia de Dios”. Cada vez que nos reunimos, tanto en Consejo como en Capítulo, pedimos al Espíritu Santo que nos conceda ojos para ver y oídos para oír, pero lo que vemos y oímos puede muy bien llevarnos a donde no quisiéramos ir. La compasión puede dar un giro total a nuestra vida”⁵.

Felipe y Andrés no estaban preparados para tener un giro total en sus vidas. Esto significa que su respuesta a la pregunta de Jesús estaba limitada por sus muy cautelosos cálculos respecto al coste de responder a la situación de la multitud hambrienta. El chico, por su parte, no tuvo tiempo de pensar en las consecuencias de su respuesta; estaba demasiado ocupado en compartir sus panes y sus peces con sus nuevos amigos.

Los predicadores y profetas son personas que están tan atentas al momento, a los signos de los tiempos, a la voz de Dios, que tienen siempre en la punta de la lengua la frase "Sí, Señor, aquí estoy". De nuevo, fr. Timothy nos recuerda: "Hemos heredado, de él [Domingo] y de los primeros hermanos, una forma de gobierno que nos libera para responder con compasión a los que tienen hambre de la Palabra de Dios"⁶. ¿Cómo cultivamos entonces esta clase de libertad evangélica?

Volvamos otra vez al muchacho y su atención al momento presente. Hay una cierta clase de *vacío mendicante* que nos acompaña cuando vivimos en el momento presente. Nos enseña humildad, y nos prepara para el influjo de gracia. Viviendo atentos al momento presente, estamos siempre preparados para recibir una visita sorpresa de Dios. Las palabras "Aquí estoy, Señor" están en nuestros labios, los cordones de los zapatos atados, listos para el viaje. Permanecer enraizados en el momento presente nos libera de muchísimas preocupaciones, cálculos autodefensivos, planes obsesivos sobre el futuro –todo lo cual llena nuestras mentes de ruido y desorden.

Un monje budista vietnamita, Thich Nhat Hanh, con quien he tenido el gozo de encontrarme en varias ocasiones, ha pasado gran parte de su vida enseñando la práctica de la consciencia plena. Él dice que, "la vida está disponible solo en el momento presente. Si estás distraído, si tu mente no está aquí con tu cuerpo, entonces pierdes tu cita con la vida ... La consciencia plena es la capacidad ... de vivir en profundidad cada momento de tu vida diaria"⁷.

La obediencia, cuando se vive como atención al momento presente, nos libera para responder plena y gozosamente a la voz, la Palabra de Dios. El mismo Jesús nos invita a esta libertad radical:

"Por eso os digo: no estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer [o beber], ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de

vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ... Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? ... Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia; y todo eso se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio ..." (Mt 6, 25-30; 33-34).

Jesús nos invita a vivir con menos desorden mental, más aire fresco en nuestros pulmones y nuestras mentes. Es una invitación a estar vacíos de todo lo que nos ciega para ver que Dios tiene el control de eso que llamamos 'vida'. Este vacío puede atemorizarnos; no tenemos el control del siguiente paso, de la próxima asignación, del futuro. "¿Y si no me nombran otra vez sacristana? ¡La siguiente hermana ciertamente no va a ser capaz de hacerlo correctamente!" O "¿Qué pasa si mi candidata para priora o para provincial no es elegida? ¡Perderemos todo aquello por lo que hemos trabajado tan duramente!". ¿Nos damos cuenta cómo esta vida de preocupaciones sobrecarga nuestras mentes y corazones, limitando nuestra atención a la Palabra de Dios? La obediencia nos libera para vivir en el momento presente: "¡Aquí estoy, Señor, envíame!" (Is 6,8).

Nuestro hermano, fr. Bruno, trató, en su mensaje de Pascua a la Orden de este año, este misterio de vacío y confianza en. Reflexionando sobre las mujeres que corrían a la tumba en la mañana de Pascua, se nos recuerda otra vez su shock total. Todo lo que encuentran es vacío y un ensordecedor silencio. Todo parece perdido, muerto. Pero no huyen. Permanecen en el momento presente, con todo su dolor e incertidumbre, únicamente para ser sorprendidas por la gracia. Dice Fr. Bruno:

"De pronto el silencio no es más el silencio de la ausencia ... es el lugar de una Palabra. Esa Palabra que se pretendía hacer callar ahora resuena nuevamente. Y esta Palabra es promesa de vida ... el vacío a menudo no nos agrada, nos da miedo, no hay horizontes. Nos hace creer a veces que la nada, la muerte, la angustia pueden retener al hombre para siempre. No queremos

el vacío. Las mujeres miran y el sepulcro está vacío..."No está aquí". Las mujeres, sin embargo, comprenden que este vacío no es para constatar una ausencia sino que, al contrario, indica que Aquel que estaba abatido por la muerte ha partido. Una nueva presencia surge del sepulcro vacío... una presencia que camina con ellas y les da vida. El silencio está habitado por la Palabra. El vacío está como sostenido por una densa presencia de aquel a quien ellas amaban y que ahora pueden seguir amando".⁸

La libertad nace cuando permitimos que la Palabra de Dios caiga como una semilla en nuestro vacío mendicante. Solo entonces, como dice fr. Bruno, "nace una nueva presencia". En la historia del evangelio de Juan sobre la multiplicación de los panes y los peces, Felipe está completamente abrumado por el vacío. Es un enemigo que debe ser vencido.

El muchacho, sin embargo, como las mujeres en la tumba de Jesús, abraza su vacío. Donando su pan y pescado a Jesús, que a su vez se lo entrega a la multitud hambrienta, el chico descubre un vacío que abre a una libertad más profunda, un gozo que es trascendente. Descubre que es uno con Cristo, y que su acción es como la de Cristo: "Tomad y comed". Libre de la prisión del egocentrismo, puede exclamar con San Pablo: "Estoy crucificado con Cristo; vivo yo, pero no soy yo; es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 19-20).

Yo entrego mi vida libremente

El chico que comparte sus panes y peces en Juan 6 es un icono del verdadero discipulado. Es el único en la historia que *verdaderamente* comprende lo que Jesús está haciendo. Esto se aclara si ponemos atención en un versículo clave del texto. El evangelio dice que Jesús plantea la pregunta a Felipe sobre la compra de comida para la gente, "*porque bien sabía él lo que iba a hacer*" (v. 6). A simple vista parece que este versículo está diciendo que Jesús sabía que iba a hacer una multiplicación milagrosa de los panes y los peces. Pero cuando uno lee el capítulo completo, se revela el verdadero significado de esta frase. Después de compartir los panes y los peces con la multitud, Jesús dice: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma

de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo" (6, 51).

Jesús, en este largo discurso, está tratando de enseñar a sus discípulos –y a nosotros– lo que significa responder *en obediencia* a Dios, incluso si esta respuesta significa finalmente la muerte: "Como ... yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí" (v. 57).

Jesús es plenamente consciente de que está *entregando su vida*. Esto se anuncia incluso más claramente algunos capítulos después, cuando dice: "Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente" (Jn 10, 18). Por eso cuando Jesús pregunta a los discípulos "¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?" no está hablando de ir de compras. Pregunta esto "*porque bien sabía él lo que iba a hacer*" (v. 6). Los discípulos, claramente, no entienden. Están, como decimos en inglés, "out to lunch" ("fuera de onda" N.T.), completamente desconectados del significado más profundo de las acciones de Jesús.

El chico *entiende* lo que Jesús está haciendo. Mira a Jesús, le escucha, y entonces se une él mismo libre y completamente a la auto-entrega pascual de Jesús: "Maestro, esto es todo lo que tengo, pero te lo doy, para que puedas compartirlo con la gente, que está hambrienta".

Esta es la obediencia nacida de la verdadera, profunda libertad. No es fácil, porque siempre significa, de un modo u otro, la *entrega* de nuestras vidas. Las Constituciones de las Monjas dicen esto bastante claramente: "La obediencia, mediante la cual `nos superamos a nosotros mismos en el corazón'⁹, es sumamente útil para conseguir aquella libertad que es propia de los hijos de Dios y nos dispone para una entrega de nosotras mismas en el amor" (LCM 19.III). "Entrega de nosotras mismas en el amor". Hermanas, vuestras Constituciones – de un modo muy preciso y simple – apuntan claramente a esta dimensión pascual y de *kenosis* de nuestro voto de obediencia. Dice nuestro hermano Timothy: "En esta Palabra [de Dios] encontramos nuestra verdadera libertad, que es la libertad para pertenecernos los unos a los otros en gracia y verdad ... Todo hermano [o hermana] es un regalo de Dios, pero nos es dado para

que podamos devolvérselo, formándolo para la misión y liberándolo para la predicación”.¹⁰ Un fraile en el Capítulo General de Caleruega, de un modo similar, dijo lo siguiente:

“Si estos jóvenes vienen a la Orden para seguir a Cristo, hay que orientarles en el arte de morir. Se han entregado a sí mismos a la Orden, y parte de la responsabilidad que aceptamos al recibir su profesión consisten en enseñarles ese arte. No hay esperanza para un joven dominico que no es capaz de darse cuenta progresivamente, durante su formación, de cómo debe perderse a sí mismo, morir a sí mismo. No es una excusa para los hermanos mayores aferrarse defensivamente a su propia postura para resistir el cambio. En vez de ello, necesitan conducir a los jóvenes por el camino del sacrificio, lo cual significa recorrer con ellos ese camino, dar un ejemplo de generosidad”¹¹.

Está claro que nuestro voto de obediencia nos introduce en el misterio del amor pascual, simbolizado en el permanente ritmo de recibir la Palabra de Dios y entregarla. Como Jesús dijo a sus discípulos, “Gratis habéis recibido, dad gratis” (Mt 10, 8).

¿No es esto lo que vosotras, hermanas, experimentáis en vuestro diario *vaciamiento de vosotras mismas* a través de vuestro ministerio de intercesión por el pueblo de Dios? Continúo estando profundamente conmovido cada día cuando nuestra comunidad en Santa Sabina se reúne a orar en el mismo lugar donde nuestro Padre Domingo se entregó por los pobres, los afligidos y pecadores en sus largas noches de oración e intercesión. La intercesión es una de las muchas formas en que predicaba Domingo.

El Obispo Pierre Claverie, OP, nuestro hermano dominico que fue martirizado en Argelia el 1 de agosto de 1996, era profundamente consciente de que la verdadera Iglesia de Jesús es la que está siempre lista para *entregar su vida por amor*. En una de sus últimas homilías, predicada en el monasterio de Prulla sólo cinco semanas antes de su trágico asesinato, el Obispo Claverie respondió a la pregunta frecuentemente formulada: ¿Por qué te quedas [en

Argelia]? ¡Sacúdete el polvo de las sandalias! ¡Vuelve a casa!". Él respondió:

A casa... ¿Dónde estamos en casa? Estamos aquí a causa del Mesías Crucificado... por causa de Jesús, porque él es el que sufre aquí en medio de la violencia que no perdona a nadie... Creo que la Iglesia muere al no estar suficientemente cerca de la cruz del Señor... La Iglesia se engaña a sí misma y al mundo cuando se posiciona como un poder entre los demás, como una organización humanitaria, o como un espectacular movimiento evangelizador. En estas condiciones puede brillar hacia fuera, pero no puede arder con el fuego del amor de Dios, que es "tan fuerte como la muerte", según lo pone el Cantar de los Cantares. Es verdaderamente una cuestión de amor, de amor sobre todo, y solo de amor... No hay mayor amor que dar la propia vida por los propios amigos.¹²

¿Podemos llamarnos *predicadores* de la Palabra de Dios si no estamos dispuestos a partir en este viaje pascual y *entregarnos*, en obediencia a la *santa predicación*? Para San Pablo esta llamada a la obediencia fue una llamada a tener los sentimientos de Cristo.

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. (Flp 2, 5-8)

En junio de este año tuve el privilegio de hacer una peregrinación a la pequeña ciudad austriaca de San Radegund, donde nació y está enterrado el mártir austriaco recientemente beatificado, Beato Franz Jägerstätter. En una preciosa mañana de junio las monjas de Regensburg me enviaron con una oración y una bolsa de comida para el viaje. Después de un par de trenes, un poco de auto-stop y la amabilidad de bondadosos granjeros –y, por supuesto, la gracia de Dios, llegué a la pequeña ciudad y al cementerio donde está enterrado el Beato Franz. Después de un tiempo de oración en su

tumba, ¡Dios me sorprendió con una gracia inesperada! Se me concedió el extraordinario don de conocer a Frau Francisca, su esposa de 99 años, una de sus hijas, Maria, y algunos de sus nietos.

El Beato Franz Jägerstätter, decapitado por Hitler durante la Segunda Guerra Mundial por oponerse –en conciencia –a la guerra y los males del nazismo, supo lo que significaba tener los sentimientos de Cristo; su obediencia supuso un gran sacrificio para él y su familia. La frase “Amor es morir por otros” está inscrita en la cruz memorial sobre su tumba en el pequeño cementerio de San Radegund.

Sí, como nuestro hermano Pierre Claverie dijo tan elocuentemente: “Es verdaderamente una cuestión de amor, de amor sobre todo, y solo de amor”. La primitiva Iglesia estaba profundamente convencida de este misterio central del discipulado cristiano: “En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos” (1 Jn 3, 16).

Jesús, que comenzó su vida como un niño pobre, murió en la misma pobreza en la que había nacido. Nació vacío y, porque verdaderamente creyó que “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13) también murió vacío. Poco antes de morir, Jesús oró estas palabras a su Abba:

Padre... he manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque *yo les he comunicado las palabras que tú me diste*, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me has enviado... (Jn 17, 5-8)

En obediencia al Padre, Jesús murió completamente vacío, habiendo entregado a sus discípulos las *mismas palabras* que el Padre le había dado a él. Nuestro único voto como dominicos es ser obedientes al don de *esta Palabra* –Jesús– que ha sido derramada en nuestros corazones, para que, siguiendo sus huellas, podamos también entregarla completamente y compartir con el mundo nuestros cinco panes de cebada y algunos peces. “La semilla esparcida da mucho

fruto”, dijo Domingo, llamándonos a la libertad de los hijos de Dios. “Gratis lo recibisteis; dadlo gratis” (Mt 10, 8). Dios, el Señor de la mies, es fiel.

Cracovia, Polonia
Septiembre 2012

¹ Santa Teresa del Niño Jesús y la Santa Faz. Acto de Oblación al amor misericordioso de Dios. “*Ofrenda de mí misma como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios*” (9 de Junio de 1895). Tomado de http://www.corazones.org/santos/teresita_lisieux_ofrenda_amor.htm

² Timothy Radcliffe, OP: “Libertad y Responsabilidad Dominicanas. Hacia una espiritualidad de Gobierno (Roma, 10 de Mayo de 1997, Fiesta de S. Antonino, OP), 1.2 “La tarea del gobierno es la misión común.”

³ Ver Nm 27, 17; 1Re 22, 17 ; 2 Cro 18, 16; Mt 9, 36 y Mc 6, 34

⁴ Pedro Ferrando, “Narración de Santo Domingo,” en *Santo Domingo de Guzmán*, Ed. BAC (490), Madrid 1987, 224.

⁵ Radcliffe, “Libertad Dominicana,” 1.1.

⁶ Radcliffe, “Libertad Dominicana,” Introducción: “Santo Domingo, un hombre de libertad y gobierno”.

⁷ Thich Nhat Hanh, *Going Home: Jesus and Buddha as Brothers* (New York: Riverhead Books, 1999), 84.

⁸ Bruno Cadoré, OP, “Pascua 2012: ¡Cristo, el Señor, ha resucitado!” (Carta a la Orden, Roma, Pascua de Resurrección, 2012).

⁹ San Gregorio, *Morales*, XXXV, PL 76, c. 765, en St. Thomas Aquinas *Summa Theologica*, II-II, q. 104. a.1

¹⁰ Radcliffe, “Libertad Dominicana,” 1.2; 1.1.

¹¹ Gilbert Márkus OP, citado en Radcliffe, “Libertad Dominicana,” 3.3 c.

¹² Jean Jacques Pérennès, OP, *A Life Poured Out: Pierre Claverie of Algeria*, (New York: Orbis Books, 2007), 244. Recientemente se ha publicado una versión de este libro en español: *Una Voz Entre Dos Orillas* (Salamanca: San Esteban), 2012.